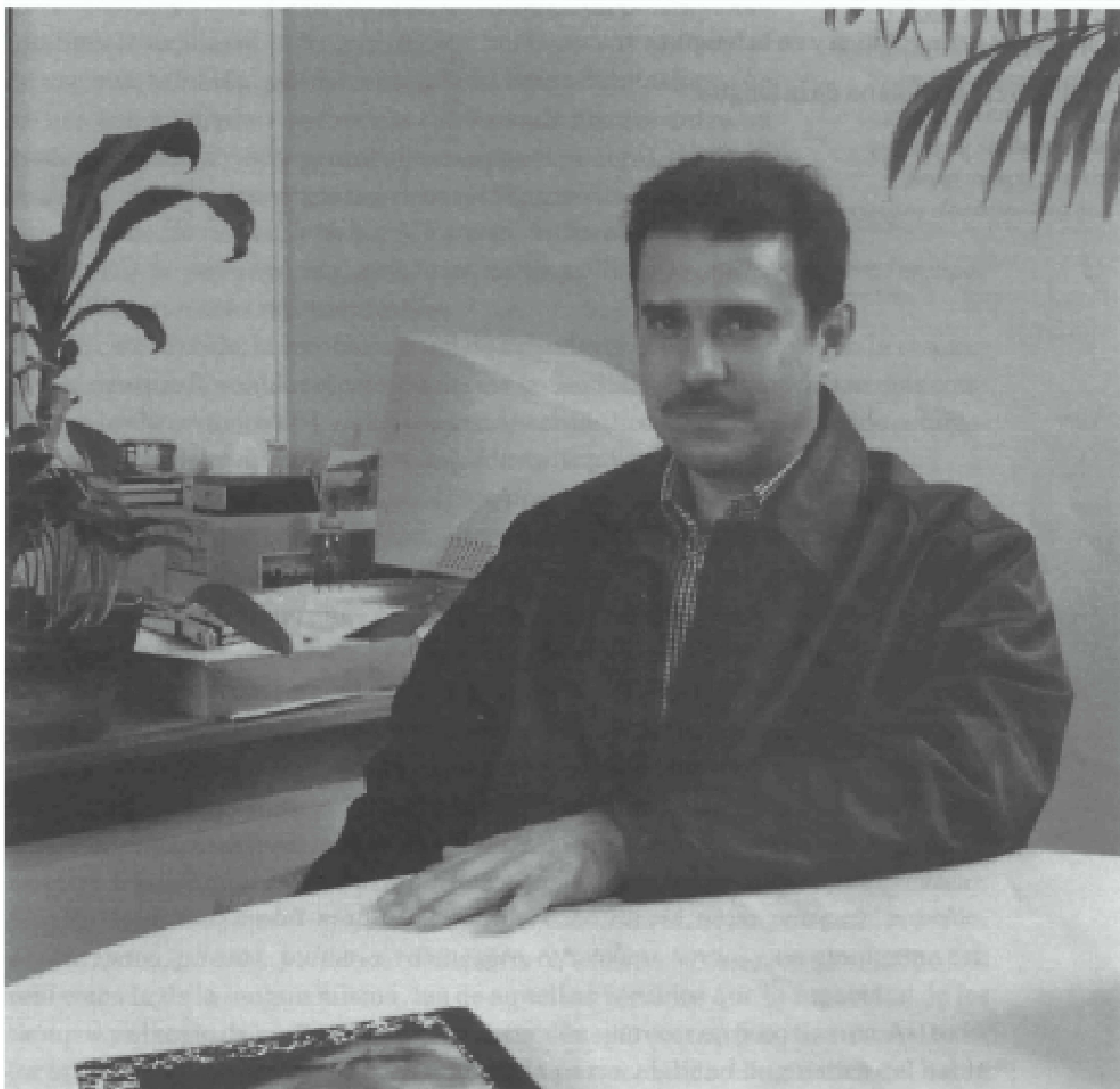

Nosotros



Caracas, 1959. Licenciado en Letras. Especialista en Lexicografía de la Universidad de Augsburgo.
Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas).
Sus obras más recientes son : *Mitrídates en Venezuela. Diccionarios, poliglotismo y lenguas indígenas en Julio C. Salas* (2000);
Incursiones de lingüística zuliana (2000); *Estudios de lexicografía venezolana* (1997);
Diccionario del habla actual de Venezuela (1994).

De palabra en palabra

Historia en la lingüística y en la lengua

Palpitación venezolana de la lengua

Bibliografía

LAS MODERNAS INVESTIGACIONES en lingüística han venido a plantear que las lenguas, más allá de su función de sistemas de comunicación, deben entenderse como sistemas capaces de propiciar la comprensión de la realidad y de generar en el intelecto humano posibilidades de pensamiento para entenderla. Fuerza poderosísima, el lenguaje nos permite construir una imagen del universo y fundar la realidad tal como queramos. Son las lenguas, además, instrumentos que vehiculan nuestra apreciación de la vida, en ella están retratándose nuestras fobias y nuestros afectos, nuestros triunfos y nuestras desdichas, lo nimio de la existencia junto a lo que sostenemos como determinante en ella, referencias y símbolos que no hacen más que recordarnos la particular condición distintiva frente a los otros seres vivos.



Si lo anterior es cierto, el estudio de las lenguas cobra un interés insospechado como posibilidad, a su vez, de conocer a los individuos que las usan y a las sociedades en donde estos adquieren una significación. Estudiar, entonces, una lengua no es sólo oficio de preceptiva o descripción, gramática o lingüística, sino, más bien, trabajo de epistemología, conocimiento de la vida escondida tras las palabras y los modos particulares de una expresión. Etnografía de la lengua como vía para centrarnos en el hombre a través de su lengua. Arqueología de la lengua en el camino del saber que ella postula insistentemente. Filosofía de la lengua para pensarnos a través de ella. Sociología de la lengua para afianzar o desmentir los arrebatos de la ideología convertidos en lucha colectiva. Poética de la lengua que nos hace mirarnos en el espejo que ella misma ha construido para justificar las imágenes del universo. Lingüística de la lengua como ciencia rectora de la actividad de comprensión de la naturaleza humana. Lengua de comunicación, lengua de pensamiento y lengua de conocimiento son los usos privilegiados que justifican su destino.

Sobre esta base, la respuesta a la pregunta ¿cómo habla el venezolano? es, no sólo una puerta a la preceptiva de enjuiciamiento de la lengua española de Venezuela durante estos últimos cien años, sino la más asombrosa posibilidad de entendernos como individuos, sociedad, raza y nación en el retrato que ella ha hecho de nosotros. Este retrato es nuestra vida más auténtica, nuestra grandeza y pequeñez, nuestra visión del mundo con sus aciertos y decadencias muy presentes. Por otra parte, la imposibilidad de medir los cambios lingüísticos por períodos cortos

de evolución y en vista de que esos cambios se dilatan durante siglos, se propone a través de la investigación indagar las causas del cambio científico en materia de lenguaje.

Nuestro estudio quiere ser una aproximación a la lengua y lingüística de Venezuela como entendimiento de su etnografía y arqueología, de su sociología y filosofía, de su lingüística y poética como única posibilidad para la comprensión del laberinto del país a través de su expresión.

Historia en la lingüística y en la lengua

Palpitaciones, itinerarios y recorridos de la lengua, la lingüística y la cultura de la Venezuela del siglo XX, no son más que posibilidades para repensarnos en nuestra condición apasionada de venezolanos y para fundarnos como tales en un camino lleno de esperanza.

Desde los primeros años del siglo, la reflexión lingüística quedó signada por la evolución socio-cultural del país. Susceptible a los avatares de la vida política y a los progresos de la economía y la industria, el acercamiento que estudiosos y hombres de intelecto curiosos por comprender las relaciones entre nuestros modos de hablar y los procesos que se estaban desarrollando, así como la producción de textos lingüísticos, fundamentalmente gramáticas, diccionarios y ensayos sobre problemáticas relativas al lenguaje criollo comienzan a retratar el tono de la vida del país y a manifestar afecto y repudio por algunos de los cambios que se comenzaban a generar.

La descripción que la lingüística hacía de la lengua de Venezuela ofrece una de las visiones más auténticas de cómo la idea del progreso, la transformación nacional, la aparición de riquezas, el éxodo campesino, la modernización lenta de las capitales nacionales, la agudización de las diferencias socio-económicas, las luchas ideológicas, afianzamiento de los credos, la sofisticación de la cultura y el mejoramiento del quehacer cotidiano gracias a una lentísima adaptación a la tecnología; en definitiva, la construcción de un nuevo país, ajeno al agrarismo y esperanzado en su porvenir, junto al ascenso de un nuevo hombre, poblado de ilusiones y sueños por lo grande, van a condicionar nuestra comprensión de la historia en la lengua y en la lingüística y de éstas en la historia de este país, todo promesas de grandeza.

Esta convulsión del hombre y de la sociedad en la Venezuela de los primeros treinta años del siglo puede ser rastreada, también, por la aparición de un nuevo lenguaje y de una forma nueva de explicarlo. Palabras, giros y expresiones que nos hablan de cosas nuevas, de nuevas interpretaciones y acercamientos a las materias que conforman el pensamiento y la realidad de este ciudadano en transformación y cuyo rasgo más definitorio es su fe en la libertad. Mientras los últimos regímenes caudillistas hablan del estertor del siglo XIX, el lenguaje va siendo habitado de especies nuevas y la lingüística venezolana queda sustentada por los principios de una ciencia que comenzó por apellidarse *positiva* y que ahora es, simplemente, ciencia.

Efectivamente, la ciencia positivista generó una actividad muy prolífica en el campo de la reflexión lingüística. Hijos del neogramatismo de estirpe alemana, los lingüistas positivistas construirán la descripción más asombrosa desde los tiempos de Andrés Bello en materia de lenguas, las lenguas indígenas de Venezuela, y de lenguaje, el lenguaje coloquial venezolano.

Alfredo Jahn, Pedro Manuel Arcaya, Tulio Febres Cordero, Julio César Salas, Amílcar Fonseca, Bartolomé Tavera Acosta, Samuel Darío Maldonado, José Gil Fortoul y Lisandro Alvarado, historiadores y etnógrafos de lo venezolano, dedicarán los esfuerzos más sistemáticos a entender la esencia de lo venezolano a través del estudio del pasado más remoto conocido y a tratar de difundirlo. Pasado salvaje y primitivo que ofrecía explicaciones para el presente progresista y evolucionado que postulaban y defendían como norte y logro de la ciencia, estudian las lenguas indígenas pasadas o las presentes entendidas como vestigios de lo pretérito y la lengua actual, viva y seductora, el fuerte idioma de Castilla en suelo venezolano, suavizado por un decir dulce y poblado de aromas. De toda esta escuela de sabios y estudiosos del lenguaje será Lisandro Alvarado el más notable como dedicación coherente a la comprensión lingüística del país.

Ajeno a los preceptismos de la Academia y de algunas de sus voces más persistentes, entre otras las de Julio Calcaño y Baldomero Rivodó, Alvarado construye una descripción extensa y sistemática del léxico venezolano. Sus dos obras mayores, el *Glosario de voces indígenas de Venezuela* (1921) y los *Glosarios del bajo español de Venezuela* (1929) están definiendo un interesante perfil de ese país extenuado de siglo XIX y urgido de XX verdadero. Hay que recorrer a Alvarado porque hacerlo es transitar la esencia más regia de la Venezuela del primer cuarto del siglo a través de su lengua.

El primero de sus glosarios sella en el repensamiento de la cultura venezolana la participación indígena impresa en la lengua. Clásicos del léxico de sangre indígena, tainismos, caribismos y aruaquismos son una y otra vez descritos e invocados en sus repercusiones ancestrales: *ají, arepa, budare, caraota, chicha, chiripa, danta, guamazo, jojoto, macaco, mango, naiboa, petaca, sabana, titiaro, ture, urao, yare, yuca, zamuro*, entre muchas otras. Estas palabras dejan una constancia de los esfuerzos de la generación positivista por reconstruir los orígenes venezolanos y, al mismo tiempo, en el proyecto de Alvarado ahondan en el rastreo de un sector determinante de nuestra nacionalidad lingüística: "Hémonos dado a la tarea de catalogar y definir las recogidas en nuestra patria con el doble objeto, y ello cuando fuere posible, de establecer su antigüedad y abolengo y de señalar su uso apropiado en el país, bien entre el vulgo, bien entre literatos" (Alvarado, 1953: 3).

El mismo año en que se publica el trabajo de Alvarado, 1921, aparece, también, un texto narrativo de importancia sustantiva. Se trata de la novela *Tierra nuestra (Por el río Caura)* de Samuel Darío Maldonado. No por casualidad este libro hace un uso muy notable del léxico indígena de raíz venezolana. Llega incluso a elabo-

rarse un "Vocabulario" como apéndice al texto novelístico, por demás muy sustantivo como incorporación del léxico indígena al léxico general del español venezolano. Las mismas palabras que Alvarado ha descrito con ciencia, aquí están registradas con simplicidad para decodificar el universo indígena en el pensamiento del lector. Revelan las necesidades de nuevos lectores deshabitados a la comprensión de un mundo que el lenguaje muestra como diferente. Una de las claves la ofrece la primera frase del texto: "Pero ¡qué cambiado le parecía todo aquello!" (Maldonado, 1921:5).

Sin embargo, será *Glosarios del bajo español de Venezuela* el texto que aporte los insumos fundamentales para entender el pensamiento etnolingüístico de Alvarado y de todo este momento. En él tiene un fuerte arraigo la búsqueda de un usuario distanciado de los preceptismos y de los formalismos técnicos, aquel usuario común del diccionario, usuario sincero que se acerca al texto para privilegiarlo como conocimiento auténtico del mundo y de sus cosas: "Los académicos, los filólogos, los literatos, no sacarán por de contado gran provecho de este estudio, que ha sido arreglado tan sólo para aquéllos que no tienen espacio u holgura que les permita observar con esmero las causas y elementos que han modificado el castellano en Venezuela. Es el caso en que están muchos de nuestros agricultores y criadores, cuyas atenciones y energías se absorben en la vida campestre, y los extranjeros y viajeros que exploran y estudian nuestra patria y sobre todo nuestro lenguaje con limitados recursos bibliográficos" (Alvarado, 1954: I, 19).

En un texto temprano, "Ideas sobre la evolución del español en Venezuela" (1904), Alvarado consigna los postulados teóricos sobre los que descansarán, muchos años después, sus prestigiosos glosarios. Siguiendo a Bello, sale, en repudio al prescriptivismo, en defensa de aquellas voces y acepciones que designan lo propio de la realidad y naturaleza venezolanas, así como acepta la legitimidad de neologismos formados a partir de raíces castellanas siempre en la idea de que estas palabras nuevas están, sencillamente, respondiendo a necesidades de la cultura material: "Tales voces están de ordinario formadas con toda regularidad, y o no son superfluas o se hallan ser de todo punto necesarias para expresar nuevas ideas u objetos" (Alvarado, 1954: I, 5). Los arcaísmos, asimismo, son vistos como una dimensión enriquecedora de la lengua: "El frecuente empleo de locuciones tales como *arfil, coluna, constitución, dotor, nacencia, otubre, parasismo, soberado, tiricia, enso-tarse, guayar, agora, ainas, aposta, arreo (adv.), asina, cuantimás, cuasi, endenantes*, al que esté prevenido le persuadirá de que quien las profiere debe de ser gente zafia y mal educada. Sin embargo, eso es castellano y del mejor que se halla (sic) hablado" (Alvarado, 1954: I, 6).

Reconocido muy pronto por sus contemporáneos como centro de la actividad lingüística del momento, el pensamiento y obra de Alvarado se convertirán en paradigmas de lo que en Venezuela significa hacer lexicografía moderna. Mientras tanto, los estudios gramaticales, aletargados desde los tiempos del avasa-

llante Andrés Bello, no ofrecerán ninguna producción que deba hoy robarse al olvido.

Años de silencio y de tanteos fallidos seguirían después de Alvarado. Y este silencio de la lengua y de su reflexión era correspondido por el silencio de un país que se despedía, finalmente, de sus arraigos decimonónicos. Muchos adioses se estaban generando: el adiós al agrarismo y al caudillismo incontrolado, el adiós a la vida pequeño burguesa y a la pueblerinidad, el adiós a una cotidianidad conformista y a un pensamiento resignado que desconocía la libertad y, en materia de lenguaje, el adiós a los afanes controladores de la Academia y de los académicos que aún no entendían la riqueza expresiva de nuestro hablar venezolano. Venezuela aspiraba, a la caída de la dictadura de Juan Vicente Gómez, a ser nueva, moderna y libre. La lengua de Venezuela se va llenando de voces inéditas provenientes de las industrias nacientes, de los nuevos órdenes políticos en el paso hacia formas novedosas de ideología y de conducción y, también, de la angustiante fiebre por el progreso y la modernización que agita en el país a todas las inteligencias y que mueve todas las producciones materiales y espirituales. Ante este país, la reflexión lingüística, después del año 1936, hará silencio. Llenaría la obra de Alvarado durante este tiempo de paréntesis en la producción de diccionarios y de obras de descripción y comprensión de nuestro léxico todo el campo de nuestra actividad lingüística. Años de formación para muchos maestros y estudiosos que, con el correr del tiempo, renovarían nuestra lingüística para darle, entonces, un sentido moderno.

Sin embargo, estos años de formación científica de nuestra lingüística producirían algunos frutos no del todo desestimables. Fundamentalmente, obra de afición más que de profesión, estos trabajos, pequeños léxicos y piezas de gramática pensadas para la educación, mantendrán vivo el pensamiento lingüístico en un país de cambios muy sustantivos. Proponían un sentido del orden ante el caos de las posibilidades y de las incipiencias nacionales, ciudadanas, políticas y culturales.

Los campos de interés ensayados en estos trabajos abrieron, por otra parte, nuevas posibilidades de investigación. Desde estudios que recogían voces venezolanas hasta repertorios terminológicos, el entusiasmo de estas piezas, dispares en sus logros, constituyen los pequeños dominios sobre los que descansan los textos estelares de la especialidad. Por otra parte, la lengua de Venezuela descrita en ellos es pura expresión de nacionalidad, criollismo y presencia de la tierra y de su gente.

Francisco Pimentel (Job Pim) (*Enciclopedia espesa, antes Sigüí*, 1931), Francisco A. Rísquez (*Al margen del léxico*, 1934), Víctor Manuel Ovalles (*Frases criollas*, 1935; *Más frases criollas*, 1935) y, entre otros, Aníbal Lisandro Alvarado (*Vernaculismos*, 1953), hijo del prominente lexicógrafo, se encargaron de elaborar los vocabularios generales sobre el habla del país.

La perspectiva regional también estuvo presente en textos de este período. Se sucedieron, respondiendo a este espíritu, muchos trabajos que privilegiaban las

Mientras los últimos regímenes caudillistas hablan del estertor del siglo XIX, el lenguaje va siendo habitado de especies nuevas...

hablas regionales. El mundo interiorano y campesino pasaba a reclamar su puesto en el ámbito de la lengua. He aquí un grupo de títulos: “Algunas voces usadas en el estado Trujillo” (*Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, N° 3, 1934) de Manuel María Villalobos; “Diccionario de provincialismos” en la *Enciclopedia Larense* (1941-1942) de R.D. Silva Uzcátegui; “Voces recogidas en Zaraza (llanos del Guárico)” (*Archivos Venezolanos de Folklore*, N° 1, 1952) de Francisco G. Chacín; “Lista de nombres familiares y diminutivos usados frecuentemente en la Isla de Margarita” (*Archivos Venezolanos de Folklore*, N° 1, 1952) de Domingo Sánchez.

...la respuesta a la pregunta ¿cómo habla el venezolano? es, no sólo una puerta a la preceptiva de enjuiciamiento de la lengua española de Venezuela durante estos últimos cien años, sino la más asombrosa posibilidad de entendernos como individuos, sociedad, raza y nación en el retrato que ella ha hecho de nosotros.

Asimismo, pero con el matiz que imprimía la investigación folklórica, tan activa en este momento, Rafael Olivares Figueroa ofrece unos “Vocabularios” en sus libros *Antología de la nueva poesía venezolana* (1942) y *Folklore venezolano* (1948-1954) y Fernando Calzadilla Valdez sus “Voces de uso corriente en los llanos” en su libro *Por los llanos de Apure* (1948).

Son frecuentes las contribuciones a otras obras lexicográficas, especialmente las referidas a la participación de la lengua de Venezuela en el diccionario académico. Mario Briceño-Iragorri compondrá un interesante trabajo que busca ahondar en la aportación trujillana en los textos del más notable de nuestros lexicógrafos. Elabora, así, para el *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua* (N° 3, 1934) un texto que titula “Algunas voces usadas en el estado Trujillo, no incluidas en los Glosarios de Alvarado”. En la misma publicación de la Academia Venezolana aparecerán otros

trabajos que responden a similares motivaciones: “Americanismos usados en Venezuela que figuran en la XV edición del *Diccionario de la Real Academia Española*” (N° 33-34, 1942); y “Venezolanismos que no figuran en el *Diccionario de la Real Academia*” (N° 89, 1956), de José Antonio Cova.

Una de las tipologías más representativa de la lexicografía venezolana en el terreno de los pequeños dominios, los apéndices lexicográficos a obras literarias, es practicada con notable profusión. La labor lexicográfica acoplada en calidad de subordinación al texto novelístico, en un período de publicación de importantes textos literarios venezolanos, significa la presencia viva de la lengua de Venezuela en interconexión entre sus producciones intelectuales y la necesidad de decodificación de esa lengua para hablantes que, cada vez más, parecen desconocer los estándares lingüísticos de lo venezolano. A fin de cuentas, uno de los saldos problemáticos de la modernización. Importantes firmas de nuestro quehacer literario son aquí los creadores de pequeños diccionarios. Teresa de la Parra (“Lista de los principales venezolanismos y americanismos que se hallan en este libro”, *Las Memorias de Mamá Blanca*, 1929); Rómulo Gallegos (“Vocabulario de los venezolanismos que no figuran en los últimos diccionarios de la lengua española”, segunda edición de *Doña Bárbara*, 1930); Arturo Uslar Pietri (“Vocabulario de venezolanismos no contenidos

en el Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española, de la Real Academia [Espasa-Calpe, 1927]”, *Las lanzas coloradas*, 1931); Alberto Arvelo Torrealba (“Algunos vocablos de uso regional que aparecen en este libro”, *Cantas*, 1933; “Vocabulario”, segunda edición de las *Glosas al Cancionero*, 1950); Mariano Picón Salas (“Glosario: Algunas palabras criollas empleadas en los relatos”, segunda edición de *Odisea de Tierra Firme*, 1940; “Glosario de algunos venezolanismos”, *Viaje al amanecer*, 1943); Juan Pablo Sojo (“Vocabulario”, *Nochebuena Negra*, 1943); Antonio Arráiz (“Vocabulario”, *Tío Tigre y Tío Conejo*, 1945); Antonia Palacios (“Vocabulario”, *Ana Isabel, una niña decente*, 1949); y, hasta el novelista español Camilo José Cela (“Vocabulario de venezolanismos usados en esta novela”, *La Catira*, 1955), resultan los difusores más activos de la lengua de Venezuela en aquellos años.

Junto a ellos, las voces de Ada Pérez Guevara (*Tierra talada*, 1939), Agustín García (*Farallón*, 1939), Federico Landaeta (*Rastrillo*, 1939), J. Quintero Quintero (*Muros*, 1942), Eduardo Oxford-López (*Células nuestras*, 1943), Rafael Díaz Fermín (*Américo América*, 1949), Daniel Uzcátegui Ramírez (*Un palmo de buena tierra bajo el cielo*, 1953), Tito León (*Tierra mía*, 1955), José Salazar Domínguez (*Güesped*, s.f.), tienen también importancia ya que responden, casi siempre desde los espacios extracapitalinos, al repensamiento de lo regional y su aporte a la lengua nacional.

Pero el protagonista de la verdadera transformación de nuestra lingüística y de nuestro conocimiento moderno del habla de Venezuela llegaría desde la Argentina en 1947. Se llama Ángel Rosenblat y ha sido discípulo, el discípulo, del gran Amado Alonso. Siguiendo los pasos de su maestro, fundador como él, concibe la creación de un instituto moderno y científico de estudio del castellano del país: el Instituto de Filología Andrés Bello (IFAB) de la Universidad Central de Venezuela. Año 1948. Junto a la creación del instituto, Rosenblat había diseñado un inmenso proyecto de estudio léxico del habla nacional que se convertiría en la obra institucional que le ofrecería sus bases.

Con una disciplina nada común y demostrando dotes singulares para este tipo de trabajos, Rosenblat emprendió la ingente tarea de elaborar un diccionario de la lengua de Venezuela sobre una base histórica. Labor de paciencia, recogió palabra por palabra, para la que elaboró una ficha, para completar el más asombroso y gigantesco corpus lexicográfico del que nuestra lengua tenga memoria. Pero, la misma monumentalidad del trabajo hizo que no pudiera terminarlo en los términos en que se lo había trazado. Como reproduciendo un mal augurio impuesto por Baralt, que tampoco pudo poner punto final a su ciclópeo *Diccionario matriz de la lengua castellana* (1850), Rosenblat apenas pudo ver antes de morir el primer tomo de un diccionario de venezolanismos que sólo significaba un esbozo del que había soñado. Vio crecer, sin embargo, en aumentadas ediciones una obra maestra: *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela* (1955). Ofrece en esta obra una descripción muy profunda del habla nacional, sustentada en materiales que todavía hoy resultan de utilidad.

Rosenblat se convirtió, gracias a esta obra, en el paradigma del conocedor del habla de Venezuela y en la referencia más repetida y manida sobre estas materias. Creó, también, la imagen del investigador moderno en lexicografía.

Bondad y maldad de las palabras implicaban una visión de país. Corren los años de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y el léxico está recalando repudios, encubiertos o visibles, en las jergas, en los lenguajes de los execrados, en los vicios lexicalizados y en las intromisiones de lo extranjero como violaciones y licencias de la lengua que repudiaba las ataduras de un país sin libertad que se preparaba para serlo con la democracia. Rosenblat definirá a Venezuela con una serie de seductores y auténticos ensayos en donde los factores de cambio sociohistórico y cultural son entendidos por medio de marcadores léxicos que nos reflejan sus triunfos y fracasos. Escribirá en palpitación de amor y de estudio: "Buenas y malas palabras de la política", "El castellano de la radio y la televisión", "El habla de Caracas en los últimos treinta años (1935-1965)", "¿Académicos de látigo?" y, entre otros, "Defensa del habla venezolana".

Estos textos representan las muestras de un emotivo y complejo acercamiento a una epistemología de lo venezolano a través del lenguaje. Uno de ellos, el que estudia el habla de Caracas, versión lingüística de los famosos ensayos escritos por Mariano Picón Salas sobre la capital en transformación de progreso, especifica los rasgos de esta lingüística epistemológica: "Caracas era en 1935 una modesta capital provinciana de unos 250.000 habitantes que aún habría reconocido Diego de Losada. En treinta años la vieja ciudad de lentos peatones se ha transformado en una portentosa metrópoli de febril automovilismo, inquieta y dinámica, a tono con la última pulsación de la vida moderna; una ciudad monumental –con más de millón y medio de habitantes– que ya no reconocen los caraqueños viejos. Transformación tan profunda, ¿no se reflejará en el habla?" (Rosenblat, 1989: II, 277).

Sobre esta idea de que la lengua es un reflejo del hombre, Rosenblat fue construyendo una obra que describía, con una singular fascinación estilística, el habla de Venezuela. Léxico, sintaxis, morfología y estilo son implicados en un conjunto de ensayos y estudios que suponen la revisión de lo que significábamos como reflexión lingüística. Conocedor profundo de nuestra lingüística, fue capaz en unos pocos años, después de su llegada al país, de erigirse en la autoridad y en la referencia nacional en estas materias.

Sus *Buenas y malas palabras* hablaban de un país que se debatía entre una tradición a punto de hacerse arqueológica y una nación que anhelaba ser moderna, pujante y tecnificada. Coexisten en su análisis un corpus diverso de unidades que reagrupaban la tradición lingüística con la creación moderna. *Ñapa, mabita, patiquín, rubiera, pulpería y misia* podrían entenderse como esa pervivencia de lo tradicional. Junto a ellas, el *apartamento, los memoranda y la gandola* están hablándonos de tiempos cercanos, de tecnologías y de las transformaciones de la vida. La ciudad, en su idea, arrastraba y generaba la tecnología que la hacía progresar y,

además, los vicios y delitos ciudadanos de la gran ciudad. Grupos sociales marginados o repudiados, desposeídos de la economía o deslastrados de lo laboral, van produciendo un habla particular, jergal, de riqueza y fluidez muy grandes.

Asimismo, repudiando todo purismo o preceptismo incontrolado y patológico, Rosenblat fue capaz de comprender la necesidad de que la educación lingüística fuera considerada esencial en la consolidación de Venezuela como nación moderna. Estudiará los clásicos venezolanos, especialmente Andrés Bello, para ofrecerlo como modelo de un conocimiento de la lengua ajeno a los rigores del preceptismo incontrolado y absurdo. Invocando, en cambio, un preceptismo inteligente explicará la lengua de Venezuela en sus contrastes de uso que, también, pueden entenderse como dubitaciones de un uso aún no fijado y que revela sus inestabilidades entre un modo venezolano y otro peninsular o español general, así como entre los nuevos y los viejos usos: *cónsola / consola, dilatar / tardar, el radio / la radio, floristería / florería, influenciar / influir, mata / planta, papa / patata, pesa / carnicería, pollina / flequillo, vidriera / escape-rate*, como muestras representativas.

En este sentido, la reconstrucción de la historia del país a través de la recolección léxica que Rosenblat ofrece, puede ser entendida en su significación más compleja si la observamos en los campos léxico-semánticos que hemos podido establecer como más determinantes en su mirada de lingüista. Estos serían:

1. *Lo tradicional y lo novedoso*. La comprensión que Rosenblat tuvo de la lengua de Venezuela es, permanentemente, un debate entre estos dos conceptos. Son numerosos los textos en donde rastreaba el origen de los fenómenos con el puro afán de imprimirles un rango que sólo era posible desde la jerarquía de lo perpetuado por la tradición. Frente a estos fenómenos definidores de lo lingüístico venezolano de siempre, opone aquéllos que son producto de los cambios de la vida social y de los hombres que le aportan su peso espiritual. Nunca reacio a los cambios neológicos, Rosenblat entenderá mejor que ningún otro de los estudiosos venezolanos del lenguaje la importancia de incorporación de vocablos nuevos para el crecimiento de la lengua. Conviven, así, en sus descripciones, las de las voces que consolidan nuestra tradición lingüística (*aguaite, butaque, carriel, caramera, curucutear, flux, hallaca, hato, mabil, mabita, misia, morocho, musió, ñapa, patiquín, papelón, panela, pava, pelarse, pulpería, rastacuero, refistolero, tercio*) y, en amalgama tan real como la de la lengua misma, las de aquellos vocablos que la fugacidad de los tiempos y el soplo de lo efímero pueden hacer desaparecer en poco tiempo. Así todo, los estudia como muestras muy válidas de la permeabilidad lingüística del habla venezolana (*al caletre, ciudadano, clubs, pensum*).

2. *La herencia indígena*. Entre otros trabajos dedicará sus esfuerzos de síntesis sobre la presencia indígena en la cultura y lengua de Venezuela en un estudio titulado: "El castellano de Venezuela: la influencia indígena" (1955-1957): "He aquí

Este silencio de la lengua y de su reflexión era correspondido por el silencio de un país que se despedía, finalmente, de sus arraigos decimonónicos.

que los nombres indígenas son fantasmas evocadores de un mundo lejano y misterioso, casi desaparecido [...]. Pero la lengua es la sangre del espíritu, y lleva en su caudal bullente y movedizo el legado de generaciones y de siglos. Esas palabras son también el testimonio de lo que el indio ha dado a nuestra cultura. Representan la supervivencia del indio. Es su voz que sigue aún resonando entre nosotros. Y esa voz, conducida por las amplias alas de nuestra literatura, se oye hoy a través de mares y continentes” (Rosenblat, 1989: II, 276).

“Pero la lengua es la sangre del espíritu, y lleva en su caudal bullente y movedizo el legado de generaciones y de siglos. Esas palabras son también el testimonio de lo que el indio ha dado a nuestra cultura”.

3. *Las costumbres y vicios ciudadanos*. Posiblemente el menos purista y pudibundo de nuestros lexicógrafos, Rosenblat dedicará algunas de sus mejores páginas a estudiar las voces de los seres periféricos o de actividades socialmente repudiadas por periféricas o por despreciables. Los mejores ejemplos pueden encontrarse en los artículos que dedicó a los términos de la borrachera en Venezuela. De inagotable riqueza, el habla va registrando y generando una serie muy extensa de voces y locuciones que califican los grados de emborrachamiento y que definen o nominan a los individuos en cada uno de estos grados (“Tratado general de la rasca”, 1957).

bundo de nuestros lexicógrafos, Rosenblat dedicará algunas de sus mejores páginas a estudiar las voces de los seres periféricos o de actividades socialmente repudiadas por periféricas o por despreciables. Los mejores ejemplos pueden encontrarse en los artículos que dedicó a los términos de la borrachera en Venezuela. De inagotable riqueza, el habla va registrando y generando una serie muy extensa de voces y locuciones que califican los grados de emborrachamiento y que definen o nominan a los individuos en cada uno de estos grados (“Tratado general de la rasca”, 1957).

4. *La tecnología y la modernización*. Comprendiendo, al menos en sus trazos más gruesos, los postulados que en las sociedades imprimía la modernidad, Rosenblat tratará de calibrar su secuela lingüística. En este sentido, pueden ser ilustrativas las observaciones lingüísticas que hace acerca de la presencia automotora en nuestras ciudades y sobre la vida de los artefactos en nuestra intimidad ciudadana. La tecnología queda, aquí, anidada en el lenguaje que la nombra, muchas veces *nombre marca* que la comercializa: “El imperativo de la época es correr, aunque no se sepa para qué, ni para dónde [...] El automóvil invade la vida de todos, y se vislumbran los tiempos en que todo quisque, apenas destetado, circule armado de uno” (Rosenblat, 1989: II, 279); “Dentro de las quintas y apartamentos la vida doméstica se ha transformado gracias a las *neveras* o *refrigeradoras*, que de ambos modos pueden y suelen llamarse, las *lavadoras*, *aspiradoras*, *pulidoras*, *batidoras*, *licuadoras* (hay quienes prefieren el nombre de *óster* u *osterizer*), etc. Los vendedores le ofrecen a uno una serie de estos y otros artefactos (molino de maíz y de carne, rallador, exprimidor de jugos, licuadora, batidora) con el nombre seductor de *el ayudante de cocina*. Ya no hay *fonógrafos*, y creo que tampoco *vitrolas* ni *electrolas*, sino *radio con tocadiscos* y *picot* (de *pick up*), adecuados para organizar *picoteos* (un sustituto de los viejos *arrocitos*) o las bulliciosas *pachangas*. En todas partes, hasta en los ranchos, hay *televisión* (con sus *canales* y sus *antenas*); y en algunas, aparatos de *alta fidelidad* (*high fidelity*), que debieran ser símbolos del hogar, en esta época en que todo, en la novela, en el cine, en la vida, es símbolo, y discos *estereofónicos* (o *estéreos*). No faltan tampoco *transistores*, que lo persiguen a uno por todas partes. La música lo invade todo, mucho más que antes, y hasta los dentistas le arrancan a uno las muelas con *ambiente musical* (hay que agregar la acti-

va colaboración de *motorolas*, *sinfonolas* y *rocolas*, con sus *altavoces*, en competencia con las notas *dodecafónicas* o *atonales* de *motos* y *gandolas*). El espacio que dejan libre los aparatos de la nueva mecánica doméstica lo llenan los *potes* más variados, una superación de las viejas *latas*” (Rosenblat, 1989: II, 278).

5. *Corrección y enriquecimiento*. En su ensayo “¿Académicos de látigo?” ha dejado consignadas sus ideas en torno a lo que en la lengua de Venezuela debe entenderse por preceptismo y creatividad en los cambios y aportaciones. Su punto de partida es la valoración del habla popular: “Todo uso popular, por disparatado que parezca, tiene su dignidad y su interés lingüístico, y mi oficio consiste en explicarlo” (Rosenblat, 1989: I, 470). El preceptismo mal entendido confundirá habla popular con lengua literaria, aplicándole a la primera las exigencias de la segunda. La corrección lingüística no debe ir nunca en contra del enriquecimiento del lenguaje y de su permanente actividad creadora: “Yo no he dicho jamás, y no creo que nadie lo haya pretendido nunca en serio, que todo uso popular pueda ascender hasta la lengua literaria. En el habla popular hay ante todo un aluvión de usos pasados, que se manifiestan por espíritu conservador. Si un campesino dice *truje* o *mesmo*, me siento conmovido, porque me recuerda a Cervantes, pero no lo admitiría en un alumno de escuela. Además, hay una constante creación de formas nuevas. El lenguaje tiene la pujanza bravía de la selva. ¿Qué es *hojarasca* y qué es planta noble y fina capaz de dar una flor expresiva?” (Rosenblat, 1989: I, 470).

6. *La presencia extranjera*. Una de las preocupaciones más persistentes de Rosenblat como investigador fue el repudio al extranjerismo irracional. Especialmente, en su visión, la presencia de anglicismos. En su estudio sobre “El habla de Caracas en los últimos treinta años (1935-1965)” (1967), una vez descrita la problemática, arriba a la idea de que la única forma de suavizar esta influencia, irrefrenable ya que es producto de una dominación de orden extralingüístico, es por la vía del énfasis en las glorias de la propia cultura: “Estamos hoy ante la yanquización de medio mundo. Frente a ella no vemos más que un recurso digno: estimular la lectura de las grandes obras de nuestra lengua, reforzar las bases generales de nuestra cultura. No la pequeñez purista, sino verdadera grandeza cultural” (Rosenblat, 1989: II, 285). Sin embargo, no deja de ser reveladora y hasta desmorlizante la pregunta que abre la reflexión: “¿Cabe combatir esa influencia?” (Rosenblat, 1989: II, 285). Con una visión diferente, estudiará en un hermoso ensayo los “Italianismos en Venezuela” (1958), coincidiendo con las apreciaciones de Picón Salas sobre la inmigración de mediados de siglo y su influencia benefactora en la cultura de Venezuela, en este caso reflejada en la lengua (*aposta*, *bolas criollas*, *eco le cuá*, *menestrón*, *mezzanina*, *motoneta*, *piñata*, *tuti li mundi*).

7. *La vida política*. Este campo es el que ofrece una imagen patente de lo que debe entenderse en la relación entre lengua e historia. Desarrollado en varios textos, es visto desde la peculiaridad expresiva de un político (el vocabulario de Rómulo Betancourt en “El habla de Caracas en los últimos treinta años [1935-1965]”),

hasta el análisis de un grupo de unidades terminológicas, de espíritu neológico, acuñadas hacia 1958 que permiten interconectar lengua e historia de forma muy clara: *candidatura extra-partido, los golpistas y el golpismo, connotado personero del régimen, esbirros y peculadores, planchas paritarias y otras planchas* (“Buenas y malas palabras de la política”, 1958) (Rosenblat, 1989: II, 208-215). Aquí, más que en otros casos, Rosenblat deja constancia de la fuerza expresiva que la realidad impone a la lengua, reflejo del espíritu de los tiempos: “Nuestra renaciente vida política está acuñando una serie de expresiones nuevas. No sabemos aún el destino que les pueda caber en el desarrollo de nuestro castellano” (Rosenblat, 1989: II, 208). Emblemático, el artículo que estudia los nombres de los instrumentos de tortura más famosos en Venezuela, puestos en práctica por los agentes represivos de los regímenes dictatoriales de Gómez y Pérez Jiménez: “El tortol y el rin” (Rosenblat, 1989: II, 205-207).

La obra de Rosenblat llenó con su sabiduría una época muy determinante de la reflexión sobre el hablar venezolano. Paradigma del trabajo lingüístico, nos enseñó la disciplina que requiere el oficio de preguntarnos el porqué de la lengua; nos enseñó a amar la lengua de Venezuela. Nos propuso muchos caminos por donde encaminar el estudio del lenguaje. Nos habló de las cosas del país por medio de sus palabras y nos mostró que el diccionario, ese universo epistemológico hecho de palabras, era el libro que nos ofrecería la posibilidad de vernos en un espejo. Rosenblat, en definitiva, nos quiso decir, a través de una obra en la que subyace una emoción de esperanza, que la lingüística, más allá de su metodología y rigor de formulación, es conocimiento del hombre y posibilidad de comprenderlo en lo que de más humano tiene: su lengua, comunicación, pensamiento, afectividad y visión del mundo.

Su personalidad y su penetrante pensamiento de lingüista cautivarán a toda una generación de estudiosos. En primer lugar, desde la cátedra permanente que supuso el Instituto de Filología Andrés Bello y desde sus propias cátedras en la Universidad Central de Venezuela, Rosenblat funda una escuela de estudiosos del lenguaje. Sus discípulos, investigadores en el IFAB, profundizarían distintas líneas de investigación, muchas hasta ese momento no transitadas en nuestra lingüística, y que, en cierta medida, constituyeron y constituyen sus mejores aportes a la profesionalización de la disciplina en Venezuela. María Teresa Rojas propulsó, más con su tesón que por su propia producción, un grupo de trabajos sobre el habla de Barlovento (*Léxico del cultivo del cacao en una hacienda de Barlovento*, 1975). Por su parte, el tempranamente fallecido Marco Antonio Martínez, sin contar sus trabajos de crítica literaria, elaboraría uno de los textos más notables y con valiosos materiales en la reconstrucción de la historia de *Los nombres de las monedas en Venezuela* (1993). Aura Gómez, autora de una de las descripciones, ya clásica, sobre el *Lenguaje coloquial venezolano* (1969). Martha Hildebrandt, de nacionalidad peruana, compone un trabajo singular, prologado como el de la profesora Gómez por

el propio Rosenblat, *La lengua de Bolívar* (1961). María Josefina Tejera quien, veremos más adelante, se encargará de ofrecer un resultado diccionariológico con los materiales del maestro, se dedica primero a la reflexión literaria con su *José Rafael Pocaterra: Ficción y denuncia* (1976). Paola Bentivoglio, sistematiza los aportes de los métodos sociolingüísticos, en una meritoria investigación sobre *El habla culta de Caracas*. Luciana de Stefano, aunque elabora una *Terminología de la vestimenta en Venezuela* (1975), ocupa su interés en el estudio de la historia del español. Por último, Edgar Colmenares del Valle, centrado en estudios de léxico, hará una primera contribución con un texto notable y bien construido que describe documentadamente el *Léxico del béisbol en Venezuela* (1977).

Estos estudios significaron una definitiva consolidación de la profesionalización de la especialidad y establecieron permanentemente la necesidad de aplicación de criterios y métodos científicos para la recolección, análisis y reflexión sobre nuestra realidad lingüística.

Plataforma de la moderna investigación lingüística venezolana, el Instituto de Filología Andrés Bello alcanzó momentos de estabilidad, consolidando líneas de trabajo diferenciadas en función del conocimiento del español de Venezuela: 1) elaboración de un diccionario histórico; 2) estudio del habla culta; 3) estudio del lenguaje coloquial; 4) estudios lingüísticos desde la literatura; 5) estudios del lenguaje desde la historia, entre otros.

¿Cómo fue descrita la lengua de Venezuela, después del impulso sorprendente impreso a las investigaciones por Rosenblat y sus discípulos? Siguiendo esta misma orientación, la lengua de Venezuela ha exigido, sin embargo, otras aproximaciones y presentado otros logros. Se insiste, todavía, en la idea de que la lengua se transforma en conjunción y acuerdo con las transformaciones de la vida. Venezuela, especialmente las grandes ciudades, continúan un camino de progreso y tecnificación que modifica las costumbres, hábitos, alimentos, relaciones sociales y laborales, así como le da a las manifestaciones culturales un giro radical. Ahora sí, la despedida a la Venezuela campesina es una realidad. Sin embargo, los excesos producen desequilibrios y la densidad de los núcleos urbanos genera inmensos problemas prácticos y de funcionamiento en donde el caos parece ser una nota ya característica.

Un nutrido y meritorio grupo de obras (Colmenares del Valle, 1995; Pérez, 1992), especialmente dedicadas al estudio del léxico, suministran las evidencias de un progreso de la ciencia del lenguaje y de una creciente preocupación por la comprensión de la lengua como comprensión del país. De nuevo, el estudio facilita su clasificación por áreas tipológicas de interés. Así se entienden trabajos de factura general, tales como *Venezolanismos y otras palabras muy usadas* (1961) de Inés de Müller; "Barbarismos y venezolanismos" (1962) de Mariano Picón Salas; *Sobre el*

Discordancia y mal gusto, deterioro y lenguaje, en un país que, aunque moderno, se niega a la muerte de sus tradiciones y de su pasado.

español que se escribe en Venezuela (1967) de María Rosa Alonso; *Lenguaje coloquial venezolano* (1969) de Aura Gómez de Ivashevsky, posiblemente la descripción léxica más notable en esta transición de Rosenblat a los modernos diccionarios; *Corrección y enriquecimiento del lenguaje* (1969) de Roberto Martínez Centeno; y *Léxico popular venezolano* (1977) de Francisco Tamayo. A su vez, la descripción de lo regional y distintivo responde a una necesidad de entendimiento de la lengua del país. Muy útiles, aún, los siguientes trabajos: *Vocabulario del hato* (1961-1962) de J.A. de Armas Chitty; *Del habla popular* (1961-1962); *Vocabulario popular de mi tie-*

***País sin monumentos,
quiere conservar
los monumentos
de la lengua.***

rra del sol (1964) de Luis Villalobos Villasmil; *Lenguaje zuliano* (1966) de Rodolfo Luzardo; *Diccionario de andinismos* (1969) de Jaime Ocampo Marín; *El habla popular en el estado Mérida* (1972) de Andrés Márquez Carrero; *Voces y modismos del Zulia* (1974) de

Roberto Meléndez Badell; *El lenguaje erudito, popular y folklórico de los Andes venezolanos* (1977) de Tulio Chiossone; *Historia y habla popular en Margarita* (1978) de José Marcano Rosas; *Voces populares del sur merideño* (1980) de José Rivas Torres y *Modismos y barbarismos trujillanos* (1980) de Samuel Barreto Peña.

Un campo de creciente interés, el de las jergas. Jóvenes, estudiantes, delincuentes y drogadictos parecen constituir los centros de irradiación de un léxico y de un hablar peculiar, sorprendente y muy expresivo hasta en su carácter de repulsión. Algunos trabajos recogen esta riqueza: *Jerga venezolana* (1965) de Francisco Canestri; *The criollo way* (1967) de C. Bashleigh; *Vocabulario del delincuente venezolano* (1967) de Félix José Amarista; "Vocabulario recopilado en La Modelo" (1971) de Y. Saa Giral; *Delincuencia y folklore* (1972) ("Vocabulario") de Juan Manuel Mayorca; *Las drogas en Venezuela con especial referencia a su investigación* (1974) (Apéndice: "Modismos utilizados por los adictos en Venezuela" de Ileana Castro y Armando Poleo) de Juan Martín Echeverría; *Malas y peores palabras: diccionario del argot caraqueño* (1974) de Julio Cáceres; *El Carreño de los panas* (1981) ("Vocabulario") de Esteban Mendiola; *Si te acercas... te mato!* ("Vocabulario") de Rafael Serrano Toro; y *Modismos en relación al tráfico y consumo de sustancias estupefacientes y psicotrópicas* elaborado por el Cuerpo Técnico de Policía Judicial, para su uso interno.

Otras tipologías fuera de clasificación requieren, también, una referencia debido a la importancia de muchas de las obras que pueden reunirse en esta categoría. Es el caso del importante trabajo "Materiales para un glosario de afronegrismos de Venezuela" (1959) de Juan Pablo Sojo, texto lexicográfico fundador del interés hacia la temática negra en nuestro lenguaje; *La lengua de Bolívar* (1961) de Martha Hildebrandt; *En torno a un Atlas lingüístico venezolano* (1972) de Manuel Navarro Correa, primer intento por entender la geografía lingüística del país; *Léxico del cultivo del cacao en una hacienda de Barlovento* (1975) de María Teresa Rojas; *El léxico del cuerpo humano en el habla de Caracas* (1976) de Paola Bentivoglio; *Glosario folklórico y paremiológico* (1977) de Francisco Fraíno Cordero; *Léxico*

del béisbol en Venezuela (1977) de Edgar Colmenares del Valle; *El léxico de la pelea de gallos en Venezuela* (1984) de Omar Pérez; *Diccionario del petróleo venezolano* (1984) de Aníbal R. Martínez; y *La lengua de Francisco de Miranda en su Diario* (1985) de Francisco Belda.

Muchos de estos autores desplegaron, después de la publicación de los trabajos referidos, una vasta actividad de estudio de la lengua del país. Ejemplo muy persistente, en este sentido, el de Tulio Chiossone, autor de numerosos textos con preocupaciones lexicográficas, onomatológicas y toponímicas. Así, la recopilación de un "Léxico culinario", en 1985, y su más reciente trabajo, el *Diccionario toponímico de Venezuela*, en 1992.

Como marco y saldo de las producciones de este momento, vienen a entenderse la organización de algunos eventos científicos en materia de lenguaje y la fundación de algunas publicaciones periódicas que se consolidarán como espacios de divulgación, confrontación y contribución de las investigaciones en estas materias.

Muy asentadas en la actividad lingüística nacional, dos reuniones se han convertido en las plataformas críticas sobre las investigaciones que en el país se llevan a cabo en materia de reflexión lingüística. Así, desde 1980 los Encuentros Nacionales de Docentes e Investigadores de la Lingüística (ENDIL), fundamentalmente con un público de mayor espectro que reúne a docentes e investigadores, y, desde 1987, las Jornadas del capítulo venezolano de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina (ALFAL), en el marco de la Convención Anual de AsoVac que, por su parte, presenta resultados de investigación y, en menor escala, análisis de problemas sobre la enseñanza de la lengua, deben calificarse como las más regulares posibilidades de mostrar el desarrollo de nuestros estudios y de interconectar los intereses de la investigación lingüística nacional. Recientemente, ha venido a cimentar estas posibilidades el Coloquio Nacional de Análisis del Discurso como reunión periódica del capítulo venezolano de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED).

En cuanto a publicaciones periódicas, lucen ya muy firmes, además del *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, las siguientes publicaciones: 1) *Letras* (Revista del Departamento de Castellano y Literatura del Instituto Pedagógico de Caracas) (1958); 2) *Montalbán* (Revista del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica Andrés Bello) (1971); 3) *Boletín Antropológico* (Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes) (1982); 4) *Boletín de Lingüística* (Revista de la Escuela de Antropología y del Instituto de Filología Andrés Bello de la Universidad Central de Venezuela) (1983); 5) *Opción* (Universidad del Zulia) (1984); 6) *Clave* (Revista especializada de la Asociación venezolana para la enseñanza del español como lengua extranjera) (1992); 7) *Boletín Universitario de Letras* (Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias de la Universidad Católica Andrés Bello) (1993); 8) *Revista Venezolana de Lingüística Aplicada* (Departamento de Idiomas/Instituto de Estudios del Conocimiento/Postgrado de

Lingüística Aplicada de la Universidad Simón Bolívar) (1995); 9) *Lengua y Habla* (Revista del Centro de Investigación y Atención Lingüística de la Universidad de Los Andes) (1996); y 10) *Lingua Americana* (Universidad del Zulia) (1997), dentro de un espectro bastante grande de posibilidades de publicación en revistas de estudios literarios, culturales y de ciencias sociales.

La lingüística parece ocupar ya un firme lugar en el contexto de la cultura. Venezuela, descrita a través de su lengua, que es el léxico, manifestando un ímpetu extraordinario de seguimiento de los tiempos, será vista y reflejada, pensada una y otra vez y retratada en numerosos vocabularios y léxicos, dispares y no siempre metódicos pero notablemente sinceros en sus propuestas, aquéllas que nos perfilan una silueta, firme y temblorosa a la vez, en una sociedad en proceso de actualidad. Aquí la técnica y sus lenguajes descriptivos ocuparán un amplio sector. Igualmente, las hablas regionales y las jergas marginales estarán celebrando su aparición constante en el panorama de nuestra elaboración de diccionarios.

Un sentimiento de progreso y de abundancia impregna todo lo venezolano en las décadas posteriores a los derrocamientos dictatoriales. El espíritu de libertad moderno parece, ahora, querer vivir y prolongarse en un país que sueña maravillas y realiza algunas de ellas. Nuevas instituciones, nuevas industrias, nueva tecnología, nueva sociedad están condicionando el crecimiento del lenguaje y de sus instrumentos descriptivos. Nuestros diccionarios se poblarán de palabras nuevas para llamar a las nuevas cosas. Una vertiginosa permeabilidad lingüística, cercana a una malsana permisividad, caracteriza estos tiempos. Los esfuerzos represivos y prescriptivos de educadores y académicos resultan inútiles para refrenar una lengua que, tiesa en sus cánones viejos, se resiste al inmovilismo. Se imponen las rarezas y excentricidades, las transgresiones son alabadas, la displicencia lingüística es privilegiada en círculos sociales e intelectuales. Los medios de comunicación propulsan y fundan lenguajes viciados y, a veces, pobres. Las jergas, antes marginales, cobran una fuerza que no es posible frenar. Estamos dentro de un reino más afecto a la simpleza que a la creatividad. El tono de la vida social es discordante y de mal gusto y así ha quedado grabado en la lengua y en los diccionarios que la explican, junto al progreso de los tiempos y a la imagen moderna que el país quiere proponer.

Discordancia y mal gusto, deterioro y lenguaje, en un país que, aunque moderno, se niega a la muerte de sus tradiciones y de su pasado. Se resiste a pensar que crecer significa destruir hasta la memoria lingüística, toda vez que las otras memorias se han debilitado o ya no existen. País sin monumentos, quiere conservar los monumentos de la lengua. Y es así como nuestros diccionarios más recientes están indicando en su configuración del léxico que sacralizan, aquél que lo compone y le da forma, una heterogeneidad léxica producto de un conjunto de fuerzas encontradas que luchan por ocupar un rango en el espacio de la vida, el intelecto y el espíritu.

Un año antes de la muerte de Rosenblat, en 1983, se publica el primer tomo del *Diccionario de venezolanismos*. Coordinado por una de sus discípulas, María Jose-

fina Tejera, un numeroso equipo de colaboradores hará, finalmente, realidad, un largo sueño del maestro. Sin embargo, este texto, que aprovecha los materiales que durante treinta años había acumulado Ángel Rosenblat, no cumpliría a cabalidad con las metas iniciales que pretendían la elaboración de un diccionario histórico de la lengua de Venezuela.

El IFAB, dislocado en numerosas líneas de trabajo y con un equipo inicial muy prometedor, no logró crear y conformar cuadros emergentes, ni la cohesión de un equipo de trabajo, que garantizaran perpetuar sus investigaciones centrales. Así, el gran proyecto de Rosenblat, aquél de un diccionario que recogiera nuestra historia a través de la historia de la lengua, por demás ambicioso, quedó truncado. Sueño descriptivo como el de otros lexicógrafos venezolanos (Baralt, Rojas y Obregón, principalmente; sólo Julio César Salas, el Mitrídates venezolano, logró culminar su monumental *Orígenes americanos* en dieciséis volúmenes, aún inéditos), ese portentoso proyecto sólo culminó su fase de recolección organizando un fichero documental de doscientas mil unidades catalográficas. Nada parecido se había hecho antes en nuestros ámbitos científicos. Sin embargo, la enfermedad y la desvinculación de Rosenblat contribuyeron a que la idea matriz quedara atrás sin concluirse. En otras manos, el sueño de Rosenblat quedó convertido en otra realidad, muy distinta a la que él mismo había soñado (Pérez, 1998b).

Efectivamente, el *Diccionario de venezolanismos* que María Josefina Tejera logró presentar en 1983 no tenía mucho que ver con el proyectado por Rosenblat. Utilizaba sus materiales, pero no como hubiera querido el maestro. Aplicaba criterios diversos y contradictorios que hicieron de este trabajo, aunque notable por el valor documental heredado de la recolección de Rosenblat, una obra desordenada científicamente, escueta en cuanto a volumen léxico y de relativo arraigo entre los usuarios (Pérez, 1998b). Manuel Bermúdez, a este respecto, ha arribado a una valoración crítica de esta obra en comparación con *Buenas y malas palabras*: “Yo no pretendo enfrentar la importancia del *Diccionario de venezolanismos* a la trascendencia de las *Buenas y malas palabras*. Cada obra en el sitio que le corresponde. Y a la hora de una consulta puede dar una respuesta descriptiva sobre la palabra que nos interesa. Pero hay algo de asepsia en la descripción que convierte a la palabra en una galleta de soda, que al morderla se vuelve una cantidad de boronitas significativas. En cambio, el mundo de vivencias, hechos y significados que le pone Rosenblat a *Buenas y malas palabras* deja una sensación de estar tocando, oliendo, gustando, oyendo y viendo al pueblo venezolano hablando en cuerpo y alma” (Bermúdez, 1998: 48).

Diez años después de aparecido el primer volumen, el equipo del IFAB culmina la obra, que será publicada en coedición entre la Universidad Central de Venezuela, la Academia Venezolana de la Lengua y la Fundación Edmundo e Hilde Schnoegass.

Como detrás de una puerta, la obra parece vigilar a los usuarios que ingresan a un gran edificio bien construido, pero de cristal como nuestros modernos edificios, pero éste alberga, sin declararlo, una casa solariega de los tiempos coloniales.

Un año más tarde, en 1994, viene a completar el panorama de las investigaciones recientes en lexicografía otro diccionario. Se trata del *Diccionario del habla actual de Venezuela*, de Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez, profesores de la Universidad Católica Andrés Bello, institución que patrocina y avala académicamente esta obra.

Ambos trabajos, más allá de algunas diferencias que provienen de enfoques técnicos y de sistematizaciones científicas (Alvar Ezquerro, 1999), han fijado una imagen de la Venezuela contemporánea al reunir una selección representativa del

Tradición y novedad léxicas parecen ser, entonces, una vez más los marcadores constantes para definir el habla de Venezuela.

léxico de nuestro tiempo y al proponer definiciones que, a pesar del rigor y sistema que este tipo de trabajos exige, nos hablan de afectos, personalizaciones, ideologías, hábitos y visiones de la realidad no del todo objetivas.

Tanto en uno como en otro, encontramos acuerdos sobre lo sustantivo venezolano, eso que es como un río profundo de nuestra vida en el país actual: los alimentos, los comportamientos, la tradición y el progreso, la flora y la fauna, la historia, la política, los formalismos y las perversiones, lo nacional y lo regional, la modernidad y sus siluetas, los triunfos y los lamentos, lo permitido y lo vedado, el principio y el final de nuestro acontecer y devenir como hombres de un tiempo y de un país de peso específico. Creo que nunca antes en la lexicografía venezolana los hablantes habían sentido una identificación tan sustancial con los diccionarios que compendiaban su saber por medio del lenguaje.

Sin embargo, estas obras paradigmáticas de nuestros estudios lingüísticos recientes, postulan maneras diferentes de encarar la descripción de la lengua. En el *Diccionario de venezolanismos* parece ser notorio un nuevo prescriptivismo de añejo aroma, un purismo pudibundo que impone reglas de redacción y censuras para mostrar con claridad la realidad de la lengua. Como detrás de una puerta, la obra parece vigilar a los usuarios que ingresan a un gran edificio bien construido, pero de cristal como nuestros modernos edificios, pero éste alberga, sin declararlo, una casa solariega de los tiempos coloniales. La tradición se amalgama así con lo nuevo en una unión un tanto forzada.

Dicho en otras palabras, este diccionario no supo resolver con sistema el problema de entender en la realidad lingüística contemporánea de Venezuela los trasvases entre lo tradicional y lo moderno que se impone con obligatoriedad a cualquier descriptor.

Por su parte, y sin que sea fácil lograr la descripción de lengua y cultura que exigen los usuarios a un diccionario moderno, al mismo tiempo que un rigor en la aplicación de métodos, el *Diccionario del habla actual de Venezuela* muestra una visión moderna y sistemática del universo semántico descrito. Sin ataduras interpretativas y sin bloqueos ideológicos persistentes, está ofreciendo una lectura más objetiva de la vida venezolana de hoy y en cuya imagen lexicográfica los usuarios parecen reconocerse.

¿Cómo entender las diferencias entre estos dos diccionarios más allá de las divergencias de elaboración técnica?, ¿qué país están retratando?, son, entonces, las preguntas capitales. Encubriendo una cosmovisión, similar y diferente a la vez, responder a esta última pregunta exige una lectura detrás de la lectura objetiva y referencial del texto del diccionario. Retratan un país triunfante y agónico, coherente y absurdo al mismo tiempo, planificado y sin rumbo, decente pero perverso ante el deseo del avance y el solaz por el atraso del que se beneficia. Moderno y retrógrado, su producción científica y espiritual así como sus individuos y su sociedad civil, intelectual, religiosa y oficial viven en el paradójico debate de lo que se percibe como falta de rumbo, mediocridad, insustancialidad, antivalores y carencia de metas en un ambiente que, contradictoriamente, está dotado de los más asombrosos recursos y posibilidades. Para agudizar más la contradicción, estos recursos proponen ubicarlo a la cabeza de una hispanoamericanidad cansada de entenderse como subsidiaria, poca cosa, y que cada vez más reclama un lugar –su lugar– en el concierto de un fin de siglo esplendoroso y problematizado, más por los milenarismos reales que por los imaginarios.

Estas descripciones léxicas, además, abrieron otras posibilidades de reflexión sobre la lengua de Venezuela. Indispensables las referencias a la *Gramática del español de Venezuela. Una introducción* (1990) obra de Minelia de Ledezma y de Hugo Obregón Muñoz. Quería esta obra constituirse en un “intento descriptivo de los aspectos más relevantes de la gramática del español venezolano actual, el cual es analizado como variante independiente de la lengua española. Este enfoque descarta las comparaciones diferencialistas tradicionales que buscan caracterizar las variedades hispanoamericanas en el espejo de la variedad académica peninsular” (Ledezma y Obregón, 1990: 13). Esta obra, en realidad, venía a ser la culminación de una brillante actividad desarrollada por Hugo Obregón en el ámbito de la didáctica de la lingüística, la dialectología, la fonética, la entonación, el español de América y las lenguas indígenas. *Fonética general* (1979), *Hacia el estudio de la entonación dialectal del español de Venezuela* (1981), *Posibilidades diferenciales de sentido de la entonación española* (1981), son algunos de sus trabajos.

También desde el Instituto Pedagógico de Caracas, Iraset Páez Urdaneta irá construyendo una de las reflexiones más significativas de nuestra lingüística del siglo XX. Suerte de prodigio de investigador moderno, Iraset Páez indagará algunas de las problemáticas más sustantivas de la lengua del país. Importantes obras, que hicieron una de las producciones más coherentes después de Rosenblat, se suceden en un ritmo vertiginoso y sistemático poco frecuente y logran cristalizar los perfiles de estudios más profesionales: *Historia y geografía hispanoamericana del voseo* (1981), *La lengua nuestra de cada día* (1984), *La enseñanza de la lengua materna* (1985), *En indagación de la literatura* (1988), *Comunicación, lenguaje humano y organización del código lingüístico* (1991), *La estratificación social del uso de tú y usted en el español de Caracas* (1992). Sus intereses de investigador lo llevan,

entonces, desde la dialectología a la interpretación lingüística de la literatura, mediatizados estos intereses siempre por el problema de la educación y el lenguaje.

En esta línea que pretendía desligarse de los estándares morfosintácticos del español general y proponer, así como lo habían hecho los repertorios lexicográficos, un acercamiento a la realidad lingüística venezolana sin privilegios contrastivos, realizan aportes estimables, algunas investigaciones. Es el caso de los trabajos de Paola Bentivoglio (*Los sujetos pronominales de primera persona en el habla de Caracas*, 1987) y Mercedes Sedano (*Hendidadas y otras construcciones con ser en el habla de Caracas*, 1991), fundamentalmente. Como uno de los resultados más respetables debe mencionarse el proyecto para la elaboración de una "Gramática del español hablado en Venezuela" (GREHV) que, involucrando en su diseño a investigadores de distintas instituciones y regiones del país, se encuentra todavía en proceso. Puede decirse que esta obra constituirá la culminación del más ambicioso de los estudios sociolingüísticos venezolanos, aquél que implicaba el análisis de materiales recogidos en las grandes capitales del país, especialmente Caracas, como la más estudiada, Cumaná, Maracaibo y Mérida.

Las producciones lingüísticas de las últimas décadas, creciendo en complejidad de objetivos y en la rigurosidad que la profesionalización de la ciencia proporciona, han logrado como saldo, aunque aún quede mucho por hacerse y aunque haya un universo de campos sin explorar, una descripción suficiente del léxico nacional, de los principales fenómenos morfosintácticos con sello venezolano, de los rasgos fonéticos y de entonación que nos caracterizan y del panorama de enriquecimientos recíprocos de las lenguas indígenas y el castellano.

En este último sector de la investigación, merecería mucha atención la inmensa labor desplegada por ilustres misioneros y religiosos que conocieron en profundidad, gracias a una regular experiencia de campo, el panorama de las lenguas indígenas de Venezuela y sus contactos con la lengua general. Mención especial a los trabajos de Cesáreo de Armellada, quien recorrió todos los ámbitos de la actividad lingüística en materia de lenguas indígenas (gramática, diccionario, literatura, educación e historia) y puede catalogarse como fundador moderno de esta disciplina en Venezuela. Sobre la base de su experiencia de maestro podemos, además, mencionar los trabajos de Félix María de Vegamián, Adolfo de Villamañán, Basilio de Barral, Antonio Vaquero, José Del Rey, Jesús Olza y los laicos, Miguel Ángel Jusayú y Pedro Krisólogo.

Asimismo, resultan infaltables en toda revisión histórica de nuestra aproximación lingüística al fenómeno de nuestra lengua en este siglo los aportes de los hermanos Mosonyi. En especial, Esteban Emilio Mosonyi desplegó una voluminosa obra de conocedor de las lenguas indígenas del país y una desenfadada misión de apología de lo que ellas significan no sólo para los pueblos que las hablan, sino en función de ámbitos culturales más amplios. Junto a su hermano Jorge C. Mosonyi, acaba de ofrecer uno de sus últimos trabajos: el *Manual de lenguas indígenas de Ve-*

nezuela, en proceso de publicación. Mosonyi, además, había ofrecido uno de sus trabajos más notables como descripción del español de Venezuela: *El habla de Caracas* (1971). Asimismo, Mosonyi con Michele Castelli publican en 1986 el *Curso de fonética del español de Venezuela*.

Desde la Universidad de Los Andes, en Mérida se han propiciado novedosas y muy científicas investigaciones en torno a la fonología, léxico y discurso del campesino de la cordillera, obra de Enrique Obediente, Alexandra Álvarez y Thania Villamizar (*El habla rural de la Cordillera de Mérida*, 1998).

Productiva actividad la que está referida al ámbito de los tecnolectos de uso venezolano. Numerosos y variables son los trabajos, especialmente de raíz léxica, que recogen las terminologías de especialidades técnicas o científicas desarrolladas en el país o de actividades con especificidades propias en materia de lenguaje. Más allá de los trasvases con la lengua general, indican estos trabajos las implicaciones con el avance de la ciencia (Pérez, 1997). Capítulo, aún por reconstruir, el que establece las relaciones entre el español de Venezuela con el de las lenguas no indígenas habladas en el país o el que refiera el desarrollo de esas lingüísticas especiales.

Son muchos, finalmente, los nombres de investigadores que requerirían un detenido análisis sobre sus aportes a los estudios lingüísticos venezolanos en cuanto a la descripción de la lengua de Venezuela durante el siglo XX. En este sentido, algunas áreas de interés fueron abordadas por: José Adames, Alexandra Álvarez (*Malabí maticulambí*, 1987), Luis Álvarez (*Una explicación transformacional al problema de la subordinación adjetiva en el modelo gramatical de Andrés Bello*, 1981), Fernando Arellano (*Historia de la lingüística*, 1977; *Las lenguas romances*, 1996. Fundador de la primera cátedra de historia de la lingüística en el país, en la Universidad Católica Andrés Bello), Luis Barrera Linares y Lucía Fraca de Barrera (*Psicolingüística y adquisición del español*, 1987), Adriana Bolívar (dedicada al análisis del discurso), Edgar Colmenares del Valle (*Designaciones de borracho en el habla venezolana*, 1989; *La Venezuela afásica del diccionario académico*, 1991; *Lexicología y lexicografía de Venezuela*, 1996), Godsuno Chela-Flores (*Los cambios fonológicos en el habla de Maracaibo*, 1978), Irma Chumaceiro, Luciana de Stefano (especialista en filología e historia de la lengua en Venezuela), Francesco D'Introno (*Alternancia lo / le en el español de Venezuela*, 1978), Carmen Luisa Domínguez (*La sintaxis: El siglo XX*, 1997), Teresa Espar (especialista en semántica estructural), Francisco Freites, Marisol García, Elsa Mora, Elvira Ramos, Rudy Mostacero, Enrique Obediente (*Fonética y fonología*, 1991; *Biografía de una lengua*, 1997), Alejandro Oviedo (*Contando cuentos en lengua de señas venezolana*, 1997), Lourdes Pietrosémoli (*Señas y palabras*, 1990), Luis Quiroga Torrealba (*El proceso enseñanza-aprendizaje de la lectura*, 1979), Yraida Sánchez, Sergio Serrón (*Aporte para una ficha de la dialectología venezolana hasta 1975*, 1976; "Algunas notas sobre los

***Retratan un país
triunfante y agónico,
coherente y absurdo
al mismo tiempo,
planificado y sin rumbo,
decente pero perverso
ante el deseo del avance
y el solaz por el atraso
del que se beneficia.***

estudios de dialectología en Venezuela”, 1979), Víctor Rago, Nydia Ruiz (“La dominación en el lenguaje: Un caso de historia venezolana”, 1993), Martha Shiro, Juan Sosa, César Villegas. Algunas conexiones con las lenguas indígenas y el español de Venezuela pueden ser entendidas en los trabajos de Omar González Nãñez, José Álvarez (*Estudios de lingüística guajira*, 1994), Héctor Granados (*Lingüística Warao*, 1998), Marie Claude Mattei-Müller, Raimundo Medina, Luis Oquendo, Marie France Patte y Andrés Romero, entre otros. Así, deben mencionarse, algunas contribuciones desde de la etnolingüística en las investigaciones de María

El protagonista de la verdadera transformación de nuestra lingüística y de nuestro conocimiento moderno del habla de Venezuela llegaría desde la Argentina en 1947. Se llama Ángel Rosenblat...

Matilde Suárez, Nelly Arvelo-Jiménez, Haydée Seijas, María Eugenia Villalón, Horacio Biord, Stanford Zent y Emanuele Amodio, por mencionar a unos pocos.

En permanente conexión con las lenguas indígenas y con el español de Venezuela, la investigación toponímica ha hecho ya sustantivos aportes. Además de los trabajos de Tulio Chiossone al respecto, son de indispensable consulta los numerosos libros y estudios de Adolfo Salazar Quijada (*La toponimia en Venezuela*, 1978).

La reflexión histórica sobre la lingüística de Venezuela en general, así como de algunas de sus especialidades e intereses más persistentes, también ha sido objeto de investigación (Colmenares

del Valle, 1989, 1995, 1996; Márquez Carrero, 1983; Oviedo, 1992; Pérez, 1988, 1992; Quiroga Torrealba, 1982; Tejera, 1995).

¿Cómo palpita Venezuela y su lengua en estos últimos trabajos?, sería, ahora, la pregunta, a las puertas de una conclusión y en el cierre del período.

Palpitación venezolana de la lengua

¿Cómo entender, entonces, la palpitación venezolana de la lengua, cuando ya hemos entendido sus palpitations lingüísticas? Para responder, nos fijaremos en el significado de los desarrollos en materia léxica, fonológica y morfosintáctica, entendiendo al léxico como elemento de cohesión. Permite éste formular el principio de *contrastes en la unidad*. Necesidad de uniformidad en respeto con las variedades regionales que hablan de un país fragmentado, con individualidades locales, pero que se propone reafirmarse en la generalidad de lo nacional. Las peculiaridades léxicas, los modismos y la fraseología que cada región privilegia como forma auténtica de expresión del mundo, junto a una general manifestación lingüística de constitución de un léxico con rostro identificable, son las notas distintivas del estado actual del habla venezolana. Diferencias dialectales que responden a necesidades regionales y que perviven junto a un avasallante impulso de un léxico general que viene irradiado desde el centro del país o, más bien, desde los centros de generación del pensamiento, la comunicación y la cultura.

Estos centros que son el Centro, aunque no siempre geográficamente entendidos, están ejerciendo fuerzas que uniforman el léxico nacional. Los medios de

comunicación, el universo editorial, la reticulación informativa virtual, la generación de cultura y pensamiento están imprimiendo a nuestra modalidad léxica una uniformación y una universalización expresivas que condicionan la aceptación de diferencias regionales, vistas a veces como discrepancias a la norma.

El habla de Caracas y de la región central del país constituyen la norma rectora en materia de léxico. Reproduciendo en cierta medida la realidad de las hablas hispanoamericanas frente a la modalidad peninsular, en un momento política y culturalmente rectora, la capital de la República ha ejercido una supremacía impositiva en cuanto a denominaciones de las realidades, a los modos sacralizados del decir venezolano y a la construcción de la expresión léxica venezolana.

La potencia y fuerza ejercidas por el centro, en este caso generador de la actividad constructora de la nación, hizo que, aunque en una calidad de invisibilidad no fácil de precisar, las hablas regionales excluidas de la imagen general, a no ser en eximios casos de folklórico exotismo, se solidificaran en su microcosmos regional y se conservaran como enclaves estancos de un modo de expresión léxica incontaminada. A este respecto, el habla andina registra la pervivencia de numerosos arcaísmos léxicos (*ansina, naiden, agora, truje*).

Sin embargo, esta situación comienza a cambiar y el dominio absoluto del habla de Caracas empieza a permearse. Puede decirse que el desarrollo socio-económico y cultural de otras metrópolis nacionales se está imponiendo, también, en su faz léxica. Maracaibo, Valencia, Mérida, San Cristóbal, Barquisimeto y, más parcamente, Puerto Ordaz, Maturín y Puerto La Cruz, están consolidándose como focos de irradiación de un léxico propio, carente del estigma de lo regional, que alimenta al habla general de Venezuela.

Por otra parte, y en aparente contradicción, las diferencias regionales son aplaudidas como manifestación rica de la etnografía y el folklore, aunque no siempre se está seguro de que la estimación no sea más que una posición frente a la marginalidad y a la periferia desde la posición privilegiada de Caracas.

Más allá de esta compleja problemática, nos preguntaríamos por la forma de caracterizar hoy el léxico venezolano como variedad diferenciada en el ámbito de la lexicografía hispánica, española e hispanoamericana. En ese ámbito, Venezuela ocupa, sin duda, un lugar ganado por sus especificidades diferenciales y por sus características que la definen como una variedad de habla con rostro propio.

En este sentido, la primera consideración que se impone es la de su configuración multidialectal. Entender el léxico venezolano como unidad sería equivocado. Están pesando siempre las diferencias regionales. Así, puede hablarse de un léxico caribeño y de otro andino como constituyentes medulares del habla nacional. Por caribeño estamos entendiendo el léxico usado en todas las regiones costeras e insulares del país y abarcando, entonces, las geografías más distantes, aunque no radicalmente disímiles. Existe un marcador constante en la caracterización del léxico caribeño venezolano que lo iguala, por una parte, al del resto de las hablas caribe-

ñas (Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, la costa atlántica de Colombia, entre otras) e, internamente, iguala parcialmente el léxico de Maracaibo con el de Caracas y el del oriente del país. Por andino entendemos el léxico de las regiones señaladas por las altas montañas de los Andes, en conexión con el mundo andino del continente (de Colombia, especialmente) y con zonas circunvecinas del piedemonte andino (sur del lago de Maracaibo y cercanías llaneras). Restarían, en esta reflexión, los otros ámbitos léxicos (el llanero y el guayanés) que, creo no equivocarme, no presentan una cohesión tan marcada como el caribeño y el andino para la constitución del léxico venezolano general.

La segunda consideración sería aquélla que nos describe la riqueza de modalidades y condiciones de uso de nuestro léxico. Esta descripción y análisis por niveles y condiciones de uso es en donde el léxico venezolano nos permite un reflejo de sus valores más caracterizadores: permeabilidad al cambio, adaptabilidad a la neología y creatividad dentro de un contexto de respeto a las tradiciones lingüísticas. Tradición y novedad léxicas parecen ser, entonces, una vez más los marcadores constantes para definir el habla de Venezuela. Gracias a esto conviven en ella las fuentes léxicas de sus orígenes étnicos hispánicos, indígenas y negroides (la presencia de este tipo de unidades léxicas en el habla del país es identificable, aunque cuantitativamente no sea muy numerosa: *bululú* 'Desorden', *burundanga* 'Desorden', *cunene* 'Pequeño, especialmente un niño', *lembe* 'Golpe', *mandinga* 'El diablo', *mondongo* 'Comida a base de panza de vaca', *quilombo* 'Andurrial', entre otras) en imperceptible entremezcla con lo modernísimo y cambiante de la vida vertiginosa y fugaz de los últimos tiempos.

De la tradición léxica están activas las fuerzas que generan y explican la presencia de los llamados *venezolanismos*, entendidos como unidades de uso venezolano diferenciales frente al español peninsular. Este concepto de larga codificación (Colmenares 1989) permite englobar la generalidad de los procesos distintivos en el habla venezolana en materia de léxico y, en muchos casos, también de fonológica (aspiración de consonante /s/ en posición final, caída de la /d/ en terminación de participios, confusión de consonantes líquidas /l/ y /r/, entre otros fenómenos) y morfosintáctica (queísmo 'insisto que aceptes', dequeísmo 'pienso de que', que galicado 'fue ayer que lo vi', usos personales de los verbos haber 'habían niños' y hacer 'hacen años', uso plural inapropiado del pronombre lo 'yo se los dije', preferencia por la terminación -ra en pretérito de subjuntivo 'si yo hubiera llegado a tiempo', uso de verbo ser como focalizador 'se dedicaron fue a estudiar') (Álvarez y otros, 1992).

No sólo resulta un *venezolanismo* aquella unidad de significante desconocido en España, sino, también, la de significante conocido pero con significado desconocido, sin considerar criterios de frecuencia que, en muchos casos, explican la mayoría de los hispanoamericanos léxicos. Así, esta noción hace posible reunir: 1) venezolanismos propiamente dichos (*arepa*, *bochinche*, *butaque*, *flux*, *lavativa*, *palo de hombre*, *tinajero*); 2) nuevas acepciones (*coger*, *dilatar*, *huevo*, *levante*, *listado*, *palo-*

ma, pena, suspiro, tercio, voltearse, yeso, yunta); 3) indigenismos (*botuto, budare, cabuya, casabe, cocuiza, guasacaca*); y 4) coloquialismos (*carrizo, chévere, culebrón, desguañangado, ex, fregado, guayabo, impasable, lambida, mamotreto, mandraque, montarral, orillero, patota, pestón, pucho, rolitranco, rosca, sutanejo, taparazo, tobo, tuturo, veranoso, vergatario, yerna, zafado, zarataco*) de raíz muy diversa. El registro de la zoonimia y de la fotonimia, también considerado en la descripción de los venezolanismos, comprende un muy numeroso grupo de unidades.

De incorporación más reciente y acorde con los cambios ciudadanos, comunicacionales y culturales, el habla venezolana se nutre de unidades léxicas nuevas. Tecnicismos (*emailear, overnight*), extranjerismos (*minilunch* 'Pastelito relleno de jamón y queso que se expende en panaderías. Se pronuncia generalmente: *minilunch* o *minilún*', *sandwich* 'Se pronuncia generalmente *sanguche* o *sanduche*', *strapless, standby*), nombres marca (*curita, frigidaire, gillette, harina pan, modess, papermate, ser frescolita, ser un caterpillar, sobre manila*), unidades con cifras (*en dos platos, estar en tres y dos, tres en uno*), unidades con letras (*ser a número uno*), unidades truncadas (*la disco, ser mongo, un tranfor*) siglas (*CCCT, LUZ, UCEVISTA*) recogidas por primera vez muy recientemente (Núñez, Biord y Pérez, 1990), calcos lexicalizados (*ropa casual*) y otras especies lexicográficas, muchas de ellas comunes a otras hablas hispánicas. En general, imprimen un rasgo nivelador y cumplen una función igualadora más que diferenciadora.

Universo aparte, dentro de lo que en la mutación de la vida suponen los órdenes ciudadanos y la modernidad, lo problemático social reflejado en el léxico. Comportamientos marginales, viciosos y excluidos constituyen la base sobre la que el léxico jergal se nutre para, a veces, también nutrir los niveles coloquiales y estándares del habla. Léxico de la delincuencia, la drogadicción y la juventud parecen reunirse en amalgama léxica de cuestionada pervivencia. El ámbito de lo tabuizado resulta en el habla de Venezuela, como en la generalidad de las hablas hispánicas, muy rico y de poderosa creatividad lingüística por su permanente entremezcla con lo eufemístico: *atender por los dos teléfonos* (ser bisexual un hombre); *dos poderosas razones* (senos muy grandes de una mujer). Algunas muestras podrían ser las siguientes: *janimal!* (Juv. Se usa para demostrar admiración o sorpresa); *bobo* (Juv, Delinc. Reloj pulsera); *derraparse* (Juv. Abandonar una persona las costumbres socialmente admitidas adoptando conductas que se consideran impropias); *estar en Alaska* (Drog. Estar una persona alejada del consumo de drogas); *estar up* (Drog. Encontrarse bajo los efectos de un estimulante); *los vidrios* (Juv. Se usa como fórmula de despedida) (Pérez, 1998c; 1999).

El léxico venezolano de hoy puede caracterizarse por estos rasgos de tradición y novedad, de creatividad en la tradición y de contraste en la unidad. Este léxico nos habla poderosamente de una cosmovisión y de una expresión. Expresión ame-

Bondad y maldad de las palabras implicaban una visión de país. Corren los años de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y el léxico está recalcando repudios...

ricana de una naturaleza distinta, de una historia particular, de costumbres y alimentos, de fiestas y privaciones, de glorias y simplezas. Palabras reveladoras, mundos que son palabras. La expresión venezolana viva en la palabra hablada o viva en el texto escrito, llevada de la mano de poderosas palabras y de sintaxis peculiares que nos retratan, que son nuestro espejo como espejos son también los libros que nos las describen: diccionarios y gramáticas. En el caso de Venezuela, país filológico más que ningún otro de Hispanoamérica ante la inexistencia del documento físico, esas palabras y construcciones son nuestro apego a la historia.

Lingüísticas son, pues, nuestras imágenes de la vida. Lingüísticas son nues-

Clásicos del léxico de sangre indígena, tainismos, caribismos y aruaquismos son una y otra vez descritos e invocados en sus repercusiones ancestrales: aji, arepa, budare, caraota, chicha, chiripa, danta, guamazo, jojoto, macaco, mango, naiboa, petaca, sabana, titiario, ture, urao, yare, yuca, zamuro, entre muchas otras.

tras formas de entendernos como pueblo, de realizar nuestras ilusiones, de congeniar lo esplendoroso y lo frustrado, de equilibrar nuestros deterioros culturales que el lenguaje no hace sino recordarnos. Lingüísticos son nuestros afectos por lo que nos determina como individuos de un espacio concreto de la vida latinoamericana. Esencia y razón de vivir son, para nosotros, también de origen lingüístico. Tono de la vida, jocosos y melancólicos, creativos y plagarios, honestos, hospitalarios y, sobre todo, llenos de esperanza. Pueblo sencillo y de franco esfuerzo que las circunstancias históricas han hecho decaer y frustrar. Profundamente histórico, pero despegado a la historia material. Consuetudinario aniquilador de las huellas de un pasado que, cuando conocido, no hace más que producir asombro y fascinación. Aquí, entonces, el trabajo lingüístico no es más que el rastreo de las huellas de un pasado y la construcción de los caminos por donde hacer transitar un presente desorientado.

Lengua que nos determina y que nos condiciona, que nos ata, que nos limita en el espacio ilimitado de los universos del pensamiento y del espíritu. Pensamiento y espíritu que nos ayudan a conocernos, a conocer el mundo y a fundarlo a partir de simples palabras (Pérez, 2000).

Palpitaciones, itinerarios y recorridos de la lengua, la lingüística y la cultura de la Venezuela del siglo XX, no son más que posibilidades para repensarnos en nuestra condición apasionada de venezolanos y para fundarnos como tales en un camino lleno de esperanza.

BIBLIOGRAFÍA

ALVAR EZQUERRA, M. (1999): "La lexicografía venezolana, repertorios y estudios", en: M. Alvar Ezquerro y Gloria Corpas Pastor (coords.): *Léxico y voces del español*, Málaga, Universidad de Málaga.

ALVARADO, L. (1953): *Glosario de voces indígenas de Venezuela*, en *Obras completas*, Caracas, Ministerio de Educación, vol. I.

— (1954): *Glosarios del bajo español de Venezuela*, en *Obras completas*, Caracas, Ministerio de Educación, vol. II.

ÁLVAREZ, A. y otros (1992): *El idioma español de la Venezuela actual*, Caracas, Cuadernos Lagoven.

BERMÚDEZ, M. (1998): "El castellano en Venezuela", en *Gran Enciclopedia de Venezuela*, Caracas, Globe, vol. 7.

COLMENARES DEL VALLE, E. (1989): "La codificación del venezolanismo", en *Estudios lingüísticos y filológicos en homenaje a María Teresa Rojas*, Sartenejas, Universidad Simón Bolívar.

— (1995): *Lexicología y lexicografía en Venezue-*

la, Caracas, Ediciones La Casa de Bello.

— (1996): *Lexicología y lexicografía en Venezuela. Adenda 95*, Caracas, Ediciones Asociación Apureños en Caracas.

CHELA-FLORES, G. (1998): *Orígenes y estado actual del español de Venezuela*, Cumaná, Ediciones Comisión Regional "Macuro 500 Años".

LEDEZMA, M. DE Y H. OBREGÓN MUÑOZ (1990): *Gramática del español de Venezuela. Una introducción*, Caracas, Instituto Universitario Pedagógico.

MALDONADO, S.S. (1921): *Tierra nuestra. Por el río Caura*, Caracas, Lit. Del Comercio.

MÁRQUEZ CARRERO, A. (1983): "Tradición de los estudios lingüísticos en Venezuela", *El Universal*, 28.2.1983.

NÚÑEZ, R., H. BIORD Y F.J. PÉREZ (1990): *Manual básico de siglas venezolanas*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira.

OVIDO, A. (1992): "Perfil general de los estudios de morfosintaxis del español en Venezuela", *Cnocuicatl* (ULA), núm. 1.

PÉREZ, F.J. (1988): *Historia de la lingüística en Venezuela. Desde 1782 hasta 1929*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira.

— (1991): "Los estudios de historia de la lingüística en Venezuela", *Separata Universitaria de Letras*, núm. 14.

— (1992): "Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela", *Montalbán*, núm. 24.

— (1996): "Bibliografía sobre los estudios de historia de la lingüística en Venezuela", *Revista Nacional de Cultura*, núm. 301.

— (1997): *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello.

— (1998a): "Un país de la A a la Z", *Imagen*, Año 31, núm. 1.

— (1998b): "Ángel Rosenblat: El hombre que amó a Venezuela por sus palabras", *Papel Literario. El Nacional*, 9.8.1998 (Serie 50 imprescindibles).

— (1998c): "Léxico", *Español Actual. Revista de español vivo*, núm. 69, pp. 83-92. Número especial dedicado al español de Venezuela.

— (1999): "Descripción y análisis del léxico actual de Venezuela y su reflejo en los diccionarios", *Lingüística Española Actual*, vol. XXI, núm. 2.

— (2000): *Diccionarios, discursos etnocéntricos, universos léxicos. Propuestas teóricas para la comprensión cultural de los diccionarios*, Caracas, Fundación Centro de Estudios Rómulo Gallegos/Universidad Católica Andrés Bello.

QUIROGA TORREALBA, L. (1982): "Los estudios lingüísticos en Venezuela", *Hora Universitaria* (UCV), núm. 4.

QUIROGA TORREALBA, L.; H. OBREGÓN Y S. SERRÓN (1983): *Estudios lingüísticos y dialectológicos*, Maracay, Instituto Universitario Pedagógico de Caracas/Instituto Universitario Pedagógico de Maracay.

QUIROGA TORREALBA, L. Y L. BARRERA LINARES (1992): *Los estudios lingüísticos en Venezuela y otros temas*, Caracas, Fondo Editorial IPASME.

ROSENBLAT, A. (1989): *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, en *Biblioteca Ángel Rosenblat*, Caracas, Monte Ávila Editores (Tomos I y II: Estudios sobre el habla de Venezuela).

TEJERA, M. J. (1995): "La investigación lingüística en Venezuela", *Boletín de Lingüística*, núm. 9.

